

Nº 3
CARLOS ROXLO

EL

LIBRO DE LA PATRIA

TOMO I

SUMARIO

LA PATRIA — ¡ A LOS BOSQUES !
DE REGRESO — ELLA
EN EL CAMALOTE — LA SIESTA
LAS DOS INVASIONES

ARTURO SALOM, EDITOR

MONTEVIDEO — 1899

93.
CARLOS ROXLO

EL
LIBRO DE LA PATRIA

TOMO I

81.387
SUMARIO

LA PATRIA—¡ A LOS BOSQUES!
DE REGRESO — ELLA
EN EL CAMALOTE — LA SIESTA
LAS DOS INVASIONES

BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR
ARTURO SALOM, EDITOR

52.382
MONTEVIDEO — 1899

“EL ANTICUARIO”
18 de JULIO 1899-Montevideo

LA PATRIA

¡Oh el más profundo amor de mis amores,
Oh musa de mis cantos, abandona
La fragante diadema de tus flores
Y tus cabellos con laurel corona!

¡Cantemos á la madre bendecida;
A la tierra feráz en cuyo seno
El gérmen late con hervor de vida,
Explota el grano de potencia lleno!

¡Cantemos á la madre denodada
Que adornó con un sol nuestra bandera,
Por los vientos pampeanos desplegada
Sobre el jardín de la oriental ribera!

¡Cantemos á la patria que valiente,
Alzando heroíca las robustas manos,
Rompió el haz de sus grillos en la frente
De los bélicos leones castellanos!

¡Cantemos á la patria, cuya historia
Es un sonoro estrépito de guerra,
Y que ungió con las sales de la gloria
Hasta el último palmo de la tierra!

Es la hora sepulcral de los conjuros,
La hora de las tinieblas y el misterio;
Corren las luces fátuas por los muros
Agrietados del viejo cementerio.

Los ángeles, en torno de la cuna,
La canción de los sueños cuchichean;
Y á los plateados rayos de la luna,
Sus seráficas rémiges blanquean.

En la reja, poblada de suspiros,
Es rosario de besos la palabra;
Y cruzan por el aire los vampiros
De alas enormes y de piés de cabra.

Llega hasta el lecho de la viuda esposa
El fantasma doliente del amado,
Reclinando en la almohada tenebrosa
El lívido semblante descarnado.

¡Aulla el mastín; los vientos nocturnales
Que en las esquinas de la torre braman,
Al rozar con su soplo los cristales,
Son voces que se quejan y nos llaman!

Es la hora en que desfilan silenciosos
Los grupos de las pálidas estrellas
Y en que rondan los silfos voluptuosos
El lecho de las púdicas doncellas.

Es la hora de las fúnebres visiones;
La del negro aquellarre en la montaña;
La que mira cruzar los escuadrones
Del cien piés, el murciélago y la araña.

Es la hora en que, deforme y agrandado,
Se cierne el lechuzón sobre la ruina;
Y el lienzo tenebroso del pasado,
La luz de los recuerdos ilumina.

¡Oh blanca musa de los cantos míos,
La de los versos que mi afán sosiegan,
La nacida entre el coro de los ríos
Que las llanuras de mi patria riegan.

Es la hora en que tus alas de colores
Del Uruguay remontan las orillas,
Columpian los capullos de sus flores
Y suben al crestón de sus cuchillas!

Emprendamos, oh musa, la jornada
Que yá la noche sepulcral promedia,
Y en la lira de espectros cincundada
Sollozan la elegía y la tragedia.

Evoquemos las glorias del pasado
Bajo los verdes toldos de palmares;
Allí donde se eleva inmaculado
El rudo altar de nuestros dioses lares.

Resucitemos la piragua estrecha,
El aguar vagabundo en la llanura,
La piel de tigre, la punzante flecha,
La clava informe como el mármol dura.

Hagamos revivir el rojo acero
Enastado en la lanza matadora,
El grito del valiente montonero
Y el pendón de la grey libertadora.

¡Que en alas de tu amor; oh patria mía,
El númen de mis trovas se levante,
Y en la nocturna soledad bravía,
Como el boyero de tus montes, cante!

Tú eres, madre, la flor de los alcores,
El cespó sauce de la undosa ría,
Y el nido con sus cánticas de amores
Puesta en los ramos de la ceiba umbría.

Tú eres el grito del corcel salvaje,
De la vendimia la fecunda brega,
El camuatí pendiente del ramaje
Y los alegres himnos de la siega.

Tú eres el fleco de la rubia aurora
Azulando el ombú de la cuchilla;
Y el amor bajo el toldo de totora
Donde la lumbré del boyero brilla.

Tú eres el oro del ardiente grano
Que en las panojas del maizal se encierra;
El trébol, hecho flor, que cubre el llano
Y el clavel de los aires de la sierra.

¡Y eres la sangre que la arteria azula,
Si el extranjero nuestros timbres loa
Mientras la banda militar modula
El himno varonil de Figueroa!

Cuanto en tu suelo á contemplar se alcanza
Desborda en savia con ardiente brío,
Brilla con el color de la esperanza
Y sueña con los céfiros de estío.

En tí, por la guitarra vibradora,
Se alza del eco la cadencia herida;
Y de tus mieses el columpio llora
Miel de la abeja en el juncal dormida.

Tu savia del sauzal hierva en el brote,
Y cortando tus líquidos cristales,
El ramillete azul del camalote
Evapora su incienso en espirales.

Brilla tu parva al sol que la madura,
Canta el zorzal sobre tu corva rama,
Y hasta el casco del potro en tu llanura
Con perfumes de trébol se embalsama.

Todo tu ser con íntimas congojas
Esparce en besos su vital tesoro:
¡Las verdes lianas y las flores rojas!
¡La espiga llena y el naranjo de oro!

¡Oh mi musa gentil! ¡oh madre mía,
La de la parla sonora y bella!
¡Telar en donde teje el sol del día
La luz que el arco del cenit destella!

¡Santa nodriza en cuyo limpio seno
Cuánto hay de noble en mí libé á raudales!
¡Panal de mieles esquisitas lleno!
¡Rosario azul de auroras orientales!

¡Nube de esencia penetrante y viva!
¡Nido de amor de urdimbre delicada!
¡Mi ondulado país, costa nativa,
No te borres jamás de mi mirada!

¡Tierra de promisión, ojalá el cielo,
Cuando desligue mis carnales lazos,
Cierre mis ojos bajo el puro velo
Donde la cruz del sur abre sus brazos!

¡Y siempre de tu imagen la hermosura
Me siga por doquier, mi sombra sea,
Me conforte en los días de amargura,
Lata en mi corazón, vibre en mi idea,
Y alumbre con su luz mi sepultura!

¡Á LOS BOSQUES!

Vén conmigo á perderte en la enramada
Dó zumba el mamangá,
Donde el capullo de su flor morada
Abre el burucuyá;

Donde el pampero agita los festones
Que cuelgan del ombú,
Donde la dulce miel de sus canciones
Fabrica el morajú.

Donde tiemblan los fuegos del cocuyo
Sobre el trébol en flor,
¡Donde mi labio derramó en el tuyo
La fiebre del amor!

Vén á la sombra del ramaje umbrío
Dó crece el sarandí,
Donde al soplo del aura del estío
Se cimbra al camuatí;

Donde mojan sus plumas en la fuente
Las alas del biguá,
Donde se mira el tordo en la corriente
Que bajo el ceibo está;

Donde lanza la estrella del boyero
Su pálido fulgor;
Donde hace en el azahar del limonero
Su nido el picaflor.

Vén á escuchar las notas del silbido
Del corredor ñandú:
Vén á los montes en que yo he nacido
Y en que naciste tú!

DE REGRESO

¡Oh campos en que alegre y placentera,
Sin miedo á las zozobras del mañana,

Corrió mi edad primera!

¡Oh feraces llanuras que engalana,
Con su verde mantel, la primavera!

¡El goce de miraros
Hace subir á mi pupila el lloro,
Mares de espigas, arroyuelos claros,
Follajes de esmeralda que al cimbraros
Nos dais la sed de vuestros frutos de oro!

¡Aun el terso raudal cuenta y murmura,
Bajo el grupo de palmas, sus amores;
Y derramado en ondas de frescura,
El viento de los guindos me satura
De rústicos olores!

¡Aun moviendo sus ramas, el granado
Me convida á trepar, constante amigo
Por el fruto inclinado,
Donde buscan las aves un abrigo
Contra las rojas luces del nublado!

¡Yá estoy aquí, zorzales
Que cantais los amores del romero,
Fabricais vuestro nido en los ceibales
Y os meceis, con las brisas estivales,
Posados en los juncos del estero!

¡Yá estoy aquí, canturia trinadora
Del viento pampa en la enramada espesa,
Que perfumas tu veste onduladora
En la red de la vírgen zarzamora
Y en el rojo incensario de la fresa!

¡Salve, vieja enramada
A quien veo subir, siempre lasciva,
Por el ombú de copa esmeraldada!
¡Salve y salve otra vez, tierra nativa
De pámpanos y trigos coronada!

E L L A

Es tan hermosa mi princesita,
Es tan alegre, tan jovencita,
Con tanta gracia mueve su pié,
Que cuando pasa, luciendo el talle,
De oro los cielos cubren el valle,
De oro que dice: — ¡Píseme usted!

En lo redondo de su garganta
Tiene un boyero, que arrulla y canta,
Puesta la urdimbre de su mansión;
Siendo su risa, que rauda vuela,
Como el acorde de la vihuela
En los balances del pericón.

Ostenta el raso de su mejilla,
Donde la sangre se agolpa y brilla,
Donde lo rubio del alba está,
El rojo tinte de seda fina
Con que se adorna la campesina
Flor del cimbrante burucuyá.

No hay quien la mire que no la quiera:
Es un columpio de enredadera
Con un nidito de colibrí;
Y hay en sus labios, que son claveles,
Todo el azúcar que hay en las mieles
Mejor labradas del camuati.

En lo profundo de su mirada
Escondió el ángel de la alborada
El haz que dora su blanco tul;
¡Ella es el río, yo el camalote
Que se contempla nadando á flote
En la tranquila corriente azul!

EN EL CAMALOTE

(A mi santa madre.)

Al morir una tarde de otoño
Lluviosa y opaca,
Un islote columpian los vientos
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,
Un nido se alza,
Donde asoman dos aves pequeñas
Sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida é inmóvil,
La madre se halla;
Sobre el nido, que azota la lluvia
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
Con sus píos más tiernos le habla,
Enseñando á la madre la orilla
Que muestra á lo lejos su muro de ramas.

Triste mira la esposa á las aves
De frentes aun calvas,
Y á la noche que ya en el espacio
Sus tules desata.

Con un pfo más fuerte el churrínche
De nuevo la llama,
Y se pierde después en la orilla
Volando con ansia.

Mira entonces la madre á sus hijos
Con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

LA SIESTA

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Bajo el sol de Febrero todo se enerva;
La cigarra tan solo canta en la hierba;
A la sombra del monte yacen las reses;
Hay abejas dormidas sobre las mieses;
Yá el griterío
De las aves zancudas cesó en el río.

La lechuza en los cercos está parada,
Los chingolos ocultos en la enramada;
En los sauces sedientos de las riberas
Sus colores ovillan las gusaneras.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Elaboran los flancos de las colinas,
Con flotantes vapores, ténues cortinas;
El granado destila rojos rubíes,
Y se cubren de cera los camuatíes.
Todo está en calma:
La torcaz en el nido y este en la palma.

El ombú solitario de la cuchilla
Mueve apenas su extraña flor amarilla;
El plumón de las cardas seca el bochorno;
Es la tierra una fragua y el cielo un horno.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Solo el rancho que alegre de trovas llena
Una linda paisana de tez morena;
Solo el hogar risueño, cercano al río,
No hace siesta en las tardes del rubio estío,
Que en su ventana
Un galán dice amores á la paisana.

Y á veces, cuando toda dormita y sueña
El ombú de la loma, la flor isleña,
En mi patio las cintas de yedra y parra,
Se percibe el rasgueo de una guitarra,
Cuyo canto solloza
De orgullo y gozo,
Si le dice la moza
—¡Te quiero!— al mozo.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

LAS DOS INVASIONES

1817-1828

(A Samuel Blixén.)

I

¡Musa de las patrióticas tristezas,
Toma el laud con llores por canciones!
¡El camino es de sangre y son de muerte
Las pálidas visiones!

¡Aullidos del cañón, tules sin calma
De la humareda que flotante gira,
Removed el ambiente de mi alma!
¡Templad en vuestras cóleras mi lira!
¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago
Contorno de la lucha gigantea,
Y entradme en lo más recio del estrago,
Donde sus himnos el clarín voca!
¡Quiero encontrarme en la fatal jornada
Parte formar de la legión patriota,
Y sentir, en mi frente doblegada,
La pena y la inquietud de la derrota!
¡Quiero en el campo de la lid reñida
Recojer al que rueda entre clamores,
Enjugando la sangre de su herida
Con el pendón de franjas tricolores!

¡Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al hundirme del monte en la maleza!

II

¡Allá van! ¡tras las bélicas fatigas
Y el hervor de las luchas militares,
Las huestes que aprendieron con Artigas
A defender sus rústicos hogares!
¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte ó morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo
Contra la grey del invasor se vuelven!

¡Allá ván! ¡junto al rancho de totora;
Lento el corcel; la frente doblegada;
Negra ansiedad su corazón devora;
Llevan llanto de angustia en la mirada!

¡Allá ván! ¡orillando la laguna
Escondida entre toscos pajonales,
Que esperan á las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!

¡Allá ván! ¡sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día,
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!

¡El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza,
Con extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de su lanza!

¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,
Las estofoas bandas campesinas
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!
¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,
El muro de tu altar, los inmortales
Que hicieron con escudos castellanos
La alfombra de tus plantas virginales!
¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,
Las primeras dianas de tu historia,
Los que grabaron con buril de acero
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!
Vencidos ván y el moribundo día,
Cuyos arcos de grana palidecen,
Saluda con respeto su agonía;
¡Si grandes en el triunfo los veía,
Más grandes aún vencidos le parecen!

III

Mira, madre: silbando los azota
Un viento frío que irascible vuela,
Y el poncho en alas de las brisas flota
Al compás de los hierros de la espuela.
Cuelga en su cinto el desmayado acero
Y al soplo de la tarde entristecida
El ala levantada del sombrero
Tiembla en su frente por el sol curtida.
Del trote al ritmo, lento y perezoso,
El lazo, el anca del corcel golpea,
Cansado de lanzar el rencoroso
Silbido de su curva en la pelea.

Y de los héroes bendiciendo el brío,
Compartiendo su angustia y sus fatigas,
¡Ondula allí, fantástico y sombrío,
El estandarte tricolor de Artigas!

Mira, madre: la angustia los desgarras;
Vibra su corazón con honda pena,
Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.

Saben que bajo el palio de verdores
De un viejo ombú, dormido en la colina,
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina.

Pero mientras los céfiros pampeanos,
Cuya canturía con dolor te nombra,
Agiten los pendones lusitanos
¡Solitaria la vírgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!

¡Y cuánto soñará!... ¡Ya desbandada,
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!

¡El vivo fuego de tu sol la dora,
Ondula con orgullo en tus almenas,
Y siente con desdén de triunfadora
El rumor que levantan tus cadenas!

¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere
¡Prepárate á la lid! ¡brille tu acero!
¡Enseña al invasor como se muere!
¡Azota con tu lanza al extranjero!
¡Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que á las lides vuela

Y el viejo escudo de su gloria embraza!
¡Confundís el jaguar con la gacela!
¡De este suelo, con sangre fecundado,
Cuando resuene de la patria el grito,
Saldrán, saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

IV

¡Manes de los vencidos
De Catalán en el contrario enredo,
Dormid bajo los montes florecidos
Sin angustia y sin miedo!
No vendrán á turbar vuestro reposo,
Cuando la luna en el espacio asoma,
Ni el ruído del vivac del victorioso,
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto á cambiar el fallo de la suerte,
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:
¡Vais á dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!

Todo está aquí de libertad sediento:
—¡Patria!—del urunday en el ramaje,
La gemidora música del viento
Suspira con su rítmico lenguaje!
—¡Patria!—zumbando el camuatí murmura
Sobre el burucuyá, pródigo en flores,
Y—¡patria!—en medio de la noche oscura,
Dice el ñacurutú á los invasores
Al perderse furtivo en la espesura!

V

¡Dormid! que ya el oriente
De nacarinos tintes se colora,
Como si las guirnaldas de su frente
Lanzara al aire el númen de la aurora.

Es un copo de luz distante y vaga;
Fleco estelar dormido en la laguna;
Ocaso de una noche que aun se embriaga
Con el licor de perlas de la luna.

Baña esa luz de brillos de azucena,
Flor del aire con orlas de rocío,
Sobre un pavés de movediza arena
A un grupo de héroes de mirar sombrío.

Alta la frente, que doró el pampero;
Con patriótico llanto en las mejillas;
Con la rabia del odio justiciero;
Los más de pie, los menos de rodillas;

Extendidas las manos con sagrada
Y profética unción, juran leales,
Sobre la cruz del puño de su espada,
Desgarrar las divisas imperiales.

¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,
Que al levantar las curvas de su vuelo,
No cabiendo en el arco de la tierra,
Fué á perderse en los límites del cielo!

¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,
Que ébria de gozo al escucharlo brilla,
Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave
Del nido de las lianas de la orilla!

¡El ave vuela á repetirlo al monte
Y la fuente del monte, fresca y pura,
Lo canta de horizonte en horizonte,
De llanura en llanura!

¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!
¡Mística salve! ¡homérica llamada!
¡Al escuchar sus ecos, la victoria
Corrió al balcón azul de la alborada,
Como la virgen, al sentir los sonos
De la canción por su galán cantada,
Corre á abrir el cancel de sus balcones!

¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano
Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,
Atraviesa las cumbres, cruza el llano,
Del monte juega con las verdes tocas,
Sobre las harpas de los vientos vibra,
Se perfuma en los flecos de la palma,
Recorre el corazón de fibra en fibra
Y hace explosión de luz dentro del alma!

¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!
¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!
¡Credo de libertad! ¡voz que redime,
Provoca, exalta, fanatiza, inciensa!
¡De Sarandí las auras lo escucharon,
Y besando en la frente á la victoria,
De Ituzaingó los genios lo cantaron
En el harpa de estrellas de la gloria!
¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas,
En las alas del sol templó su queja,
Y al cernerse del triunfo entre las dianas,
Humedeció sus notas soberanas
El llanto de jaguar de Lavalleja!

VI

¡Señor, que en los confines del desierto
Colgaste un lampo de tuluz febea,
Para alumbrar los pórticos del huerto
Prometido á las turbas de Judea!

¡El alma de las patrias—como el ave
De alas enormes y grisácea pluma,
Que anida en el peñón, adusto y grave,
Batido por el cierzo y por la bruma,—
Quiere aire y libertad, espacio y lumbre,
La esclavitud la postray la exaspera,
Retrato fiel del ave de la cumbre,

Del águila altanera
De alas enormes y de obscuras galas,
Que si cae prisionera,
Se destroza las plumas de las alas
Contra los muros de su cárcel fiera!

¡Señor, que el noble grito,
Qué el grito santo de los héroes sea
Como el fleco de luz de lo infinito
Que guiaba á las turbas de Judea!
¡Qué el alma de la patria se levante
Al escuchar sus bélicos clamores,
Para surgir triunfante
Entre dianas y ruidos de atambores,
Como el cóndor que rompe denodado
La cárcel que lo encierra,
Para volar con vuelo apresurado
Hacia el nido labrado
En la roca más blanca de la sierra!

¡Señor, qué el grito ardiente
No se pierda en las criptas de palmares,
Como se pierde el agua de la fuente
En la errabunda pompa de los mares!

¡Qué el ave en cautiverio
Pueda, ya libre, bendecir tu imperio,
Y no sucumba de cansancio y frío,
Entre las rejas de metal labradas,
Fijando en los senderos del vacío
La desesperación de sus miradas!

VII

Llenando con sus ecos nuestra historia
El grito de los héroes se dilata,
Como vibrante cántico de gloria,
Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.

¡Si el ruido de sus voces os despierta,
De júbilo temblad! ¡ya estais vengados

Mártires olvidados
Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito
Que se cierne ondulante
Y que se va á perder en lo infinito,
Es la bélica diana que se oía
Cuando surjiste en Sarandí triunfante
Bandera tricolor, bandera mía!
¡Al compás de sus ecos vibradores
Ondulan nuestros ríos todavía,
Y aun repitiendo el santo juramento
Con que la arena de la orilla azotas,

La patria, que salvaste con tu aliento,
De Ituzaingó sobre el altar sangriento
Te muestra el haz de sus cadenas rotas !

VIII

¡Ituzaingó! ¡tus diáνας
Aún cruzan nuestros montes seculares
Al soplo de las ráfagas pampeanas
Más crespas que las olas de los mares!
¡Si la tierra, que un día
Vió el escudo imperial sangriento y roto,
En lo profundo de la mar se hundía,
Sobre el inmenso horror del terremoto
La gloria de tu nombre flotaría!
¡Efeméride santa,
Cuando con tu visión mis ojos lleno,
Siento un nudo de sangre en mi garganta
Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
¡A la luz de tu sol, nuestras legiones
Alzaban á la patria entre sus brazos
Y extendía la muerte sus crespones
Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
¡Y aún en las tardes de Febrero estuvo,
Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas
Y en brazos de la noche te desmayas,
Bordas, con los reflejos de tus cintas,
De la bandera tricolor las rayas!

IX

¡Heredera sublime
De aquella ave caudal de nuestra historia!
¡Rezo alzado en mitad de la batalla
Como una invocación hecha á la gloria!
¡Bandera de la patria, libre ondula,
En las alas gigantes del pampero,
Sobre los ríos que amorosa azula
La claridad del astro del boyero!
¡Proteje, con tus franjas bicolores,
De nuestros ceibos las rojizas tocas,
De nuestros campos las pintadas flores,
De nuestras sierras las abruptas rocas!
¡Fecunda, con tus igneas claridades,
Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
Corona con tu sol nuestras ciudades
Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

FIN